

Enrique Lynch: edición y circunstancias

Ricardo PITA



Enrique Lynch (Buenos Aires, 1947) es Profesor Titular de Estética en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona. Pero antes de centrarse en la docencia universitaria, y de escribir varios libros espléndidos, Lynch trabajó varios años como editor, actividad que ejerció en Barcelona tras abandonar precipitadamente su país después de una intensa experiencia como militante político radical.

Enrique Lynch conoce muy bien los entresijos del mundo editorial, y su aportación al tema de este número de **TK** tiene un interés fuera de toda duda. Pero es que, además, dicho sea sin ningún afán de considerarle emblema o representante de nada, su andadura política y

127

profesional tiene no pocos puntos de similitud con la de otras personas que accedieron al sector de la edición para ganarse la vida luego de haber militado arriesgadamente, o que compatibilizaron ambas dedicaciones. En España, sin ir más lejos, las relaciones entre la resistencia política, la acción cultural y las tareas editoriales fueron muy vivas y fluidas en los años sesenta y setenta del pasado siglo.

El texto que sigue nació de una larga conversación con Lynch. La transcripción del diálogo fue depurada por mí, y posteriormente el propio protagonista la ha revisado, aportando detalles adicionales y un cuidado en la expresión que la informalidad de la charla no podía garantizar. Gracias a él podemos contar al fin con un testimonio de incuestionable valor.

Una juventud en Argentina

“En 1965 yo me radicalicé, o sea que me convertí en un militante radical como los que hoy en día se llaman “violentos”. Tenía entonces diecisiete años y durante toda la década siguiente estuve encuadrado en un tipo de militancia que fue relativamente común en la Argentina de los años sesenta y setenta. Primero me vinculé a un grupo de inspiración cristiana, pese a que yo nunca he sido católico. Se llamaba Comando Camilo Torres, en memoria de un cura guerrillero colombiano muerto en los años sesenta. Fue uno de los primeros grupos en lanzar la

consigna de la “violencia revolucionaria” y, desde un punto de vista ideológico, era afín al castroismo. No muy diferente de lo que ha sido ETA aquí: un pequeño grupo de militantes muy decididos, que se habían adherido a la teoría foquista, es decir, intentaban crear un foco de conflicto armado para generar un movimiento de liberación nacional que desencadenase una situación revolucionaria, lo que supuestamente habría de permitir el asalto al poder. Unos años después de esta primera época muy radical, poco antes de que algunos de mis compañeros del Comando Camilo Torres se convirtieran en el núcleo original de los Montoneros, me integré en una organización nacionalista de izquierdas llamada Juventud Revolucionaria Peronista, que venía de una tradición más obrera, más política y razonable. La JRP no era menos partidaria de la violencia que los cristiano-castristas, pero su militancia era bastante menos aventurera, más política, “de base”, como se la llamaba entonces. Su propósito era crecer como organización armada, pero a partir de una firme implantación en las clases populares.

Practicábamos lo que se llamaba “propaganda armada” o “acción directa”, para lo cual habíamos recibido instrucción militar de instructores cubanos o de compañeros que se habían entrenado en Cuba. Aprendí a hacer muchas cosas... Preparar bombas y espoletas de tiempo y de alivio de presión, asaltar una comisaría, reventar coches, clavar una bayoneta de modo que la víctima no grite, quemar papel sin que haga humo ni deje ningún rastro, escribir con tinta invisible e inventar y procesar claves, etc., las típicas “habilidades” que se requieren de un guerrillero urbano: desde armar y desarmar una pistola Colt 45 con los ojos cerrados hasta memorizar incontables números de teléfono. De todo aquel aprendizaje inútil sólo conservo la capacidad para memorizar los números de teléfono. Naturalmente, he tenido nombre de guerra (me llamaba Emilio) y he vivido “compartimentado”, es decir, con los códigos y reglas de la clandestinidad. Alguna vez fui detenido y pasé unos días preso, pero no tengo muertes en mi haber. Éramos muy críticos con el terrorismo como método. Se trataba de que las acciones armadas no sólo sirvieran para generar nuevas situaciones políticas sino que acompañaran un supuesto proceso de “toma de conciencia de las clases populares”.

128

En 1974 entré en conflicto con mi condición de militante, una auténtica crisis de conciencia y, tras pensarlo y repensarlo, me retiré. Mi decisión sentó muy mal a mis compañeros, pero no había nada que hacer, yo veía que me estaba convirtiendo en un militante profesional, sin convicción en lo que estaba haciendo, y veía además que la “praxis revolucionaria” era una vorágine descontrolada, un auténtico disparate. Simplemente me cansé de todo aquello. Es habitual en mí: un día reflexiono, y cuando comprendo que se ha acabado algo, me lo quito de encima.

Dediqué los años de la juventud a hacer política “de base” y la “acción directa” correspondiente, salvo los dos últimos, en que a escondidas de mis compañeros —porque estudiar una carrera estaba considerado una “debilidad burguesa”— volví además a la facultad, que había abandonado años antes. Busqué la carrera más frustrante, la que no tenía ninguna perspectiva de triunfo ni recompensa social o económica previsible. Ya está —pensé—, filosofía, y me apunté; y la acabé como pude.

En 1976 empezó la gran represión. El hecho desencadenante de mi salida de Argentina fue la caída de mi cuñado Carlos Ocampo, que era montonero y que fue capturado por el ejército

en una operación. Lo “chuparon”, como se decía entonces, y murió en cautiverio unos meses más tarde. Los militares arrojaron el cadáver al Río de la Plata pero, a diferencia de lo sucedido en muchos otros casos, el cuerpo de Carlos apareció devuelto por el río en la zona de Ensenada. Carlos había caído en la misma semana de junio de 1976 en que mataron a mucha otra gente que yo conocía: un escritor de origen vasco llamado Paco Urondo, y otro chico que yo había encuadrado, Sergio Puiggrós, hijo de un célebre historiador argentino. La irrupción de los militares en marzo del 76 pareció en un primer momento un bálsamo llegado para atemperar las luchas entre la guerrilla de izquierda y los grupos parapoliciales, pero esa semana yo tuve la intuición de que se nos venía encima una cosa muy fea y que la meta de los militares era aplastar el movimiento guerrillero a sangre y fuego.

En ese tiempo la Argentina recordaba la Beirut de los años 80. Tú estabas tomando un café y de pronto entraban cinco tipos armados y se llevaban a uno de la mesa de al lado. O ibas en un coche y aparecía un camión en contra-dirección cargado con soldados con armamento pesado que se detenía y entraban en tropel a un edificio..., era un estado de guerra constante. A nadie podía pasarle desapercibido aquello. Hay algo de injusto en cargar las culpas exclusivamente sobre los militares argentinos; no porque no hayan sido en efecto una banda de asesinos genocidas, sino porque la verdad es que toda la sociedad argentina fue cómplice de aquel crimen de Estado: la Iglesia, los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones de empresarios y muchísimos intelectuales, incluso algunos de los que años después figuraron en la Comisión que investigó los crímenes. Todo el mundo sabía lo que estaba pasando, y como querían que el ejército acabara con la guerrilla, hacían como que miraban para otro lado.

129

Cuando cayó Carlos llamé a mi madre y le pedí que hablara con Arturo Frondizi, un ex presidente desarrollista del que era muy amiga y que pasaba por ser uno de los hombres más informados de la Argentina. Y Frondizi le advirtió: dígame a su hijo que se vaya ahora mismo. Así que me fui a casa, cogí mis cosas y desaparecí. Para no pedir pasaporte me fui a Brasil, ya que entonces se podía pasar a ese país con el DNI, y me quedé allí tres meses, no más, porque Brasil es un país muy bonito, pero para ir de vacaciones. Cuando empecé a recibir comunicaciones de la Argentina sugiriéndome que me quedara unos años allí, me decidí a ir a Londres. Mi familia en cambio prefería que me quedara en Río de Janeiro porque estaba más cerca de modo que, para ponerme difícil la ida a Londres, no me dieron el dinero que necesitaba para ese viaje y acabé por venir a España.

Respecto de toda esa época, abomino del mesianismo político e ideológico que la caracteriza, y del estúpido salvacionismo y redentorismo que había detrás. Pero no de la violencia. La violencia me parece un recurso legítimo. No he sido nunca pacifista y no lo soy ahora; y los pocos amigos que conservo de aquellos tiempos, algunos de ellos mucho más radicales que yo y con muertos detrás, porque tuvieron otra experiencia, conservan esa misma actitud. A veces uno se tiene que defender, y la defensa tiene que ser violenta; incluso hay momentos en que es preciso atacar. Ahora bien, el terrorismo o el tiro en la nuca son otra cosa. No veo nada de revolucionario en la violencia entendida como práctica mafiosa y como pretexto para la extorsión... Y, por otra parte, llevo treinta años en España y no veo aquí ningún motivo para

la violencia. En cambio, en los años sesenta y setenta en la Argentina llevábamos quince años de proscripción electoral, con el setenta por ciento del electorado obligado a votar listas que no los representaban, un gobierno militar que había abolido los partidos políticos, cerrado el congreso y suspendido la Constitución y las garantías individuales... El alzamiento en armas estaba justificado. Hoy en día no lo está.

El fracaso de aquella estrategia armada no sólo puede abordarse a partir de los atropellos y la barbarie de la represión, sino que hay que entenderlo como una derrota militar. Cuando se entra en una confrontación de este tipo, hay que ser fiel a los fundamentos de la lucha armada. Si eres derrotado militarmente es que tu enemigo, te guste o no, tiene "más razón" que tú. Ellos han sido mejores, más eficaces, han mostrado mejor moral de combate, y toca reconocerlo y callarse. Mi hijo menor a veces me pregunta por aquella experiencia porque le cuesta entender cómo un tipo como yo pudo haberse comprometido en todo aquello, pero es muy difícil explicarle a un chico nacido en Cataluña en 1983, que no conoce el mundo en que vivíamos en 1965 en América Latina, la influencia que ejerció sobre nosotros la revolución cubana, el maoísmo, Vietnam... Era otro mundo. No me arrepiento de ninguna de mis decisiones y aunque deploro haber dedicado tantos años a eso, hice lo que tenía que hacer y lo hice bien: era muy competente, muy serio, nada liberal, como se decía entonces, y nada demócrata. No puse en peligro la vida de mis compañeros, nunca hice una cosa imprudente ni asesina. Lo que pasa es que perdí diez años de mi vida. Supongo que mi aspecto juvenil se debe a eso. Tengo diez años menos (risas). Alguna vez he oído que los presos envejecen menos en la cárcel, como si el cuerpo no contara el periodo del encierro al hacer balance de su decadencia física. A mí me pasó algo parecido.

130

Madrid y Barcelona

Después de tres meses en Brasil la situación en la Argentina se agravó. Conseguí un poco de dinero de mi padre, unos mil doscientos dólares, y con un pasaporte vencido vine a Madrid acompañado de mi primera mujer. Me habían dado un par de contactos en la industria editorial, pero me trataron muy mal en Madrid, y además me pareció que todo era muy caro y pensé que no me alcanzaría el dinero para sobrevivir en Londres, que era donde en verdad quería ir. Recuerdo que fui a ver a un personaje de la izquierda española y conocido editor y cometí el error de contarle la verdad de mi pasado. Me dijo: te aconsejo que no cuentes tus antecedentes por ahí, tú di que has venido por negocios. Entendí el consejo: para ser bien acogido había que pasar por el típico militante de la izquierda de salón, porque tener un pasado violento, haber sido militante de verdad, eso a la gente la asustaba mucho.

Mi mujer quería ir a estudiar a Barcelona, así que tres días después de llegar a Madrid, compramos unos billetes de segunda en el tren y nos fuimos para allá. Llegué con una mano detrás y otra delante. No conocía a nadie, no tenía ningún contacto ni relación de confianza, tan sólo algunas cartas para intelectuales y gentes de izquierda que resultaron un fiasco, así que también en Barcelona la experiencia fue frustrante. Yo creo que algo de mi rencor contra toda forma de izquierdismo viene de esa etapa. Nunca he visto gente más insolidaria y más frívola. La experiencia primera del exilio fue tremenda. Se portaron mucho mejor algunas perso-

nas de derechas, los típicos burgueses, incluso franquistas, que me dieron trabajo y me ayudaron. Sólo recuerdo como una acogida solidaria de verdad la de Salvador Clotas, tantos años dirigente socialista, que fue muy afable conmigo. Y luego, unos años después, a Jorge Herralde, el editor de Anagrama, que fue mi editor. Pero, en general, mal, ninguna solidaridad y en cambio una tremenda xenofobia, que contrasta con la situación actual: los que han venido de Sudamérica en los últimos años no tienen idea de lo que fue aquella “acogida”. Yo comprendo que España era un país habituado a sacar gente y no a recibirla, pero Cataluña era particularmente xenófoba. Una de las cosas que me llamaba mucho la atención era que hablaban del resto de los españoles como inmigrantes.

A los tres meses de llegar me las arreglé para vivir como traductor de novelitas pornográficas. Cobraba 400 pesetas por página. También hice lecturas para Planeta, y a veces ayudaba los viernes por la noche en una cantina del Poble Sec. Pero fue por poco tiempo. Un día me topé en las Ramblas con un chico, también exiliado, al que había conocido en Río de Janeiro, y que iba acompañado del hijo de un editor argentino llamado Juan Granica que se acababa de instalar en Barcelona. Compré un pollo asado y los invité a casa y les conté mi experiencia; y Ariel, el hijo de Granica, me puso en contacto con su padre. Así fue como Juan me dio trabajo en la editorial Gedisa, sigla que es la contracción de “Granica Editor SA”.

Granica además de sus negocios financieros en Buenos Aires tenía aficiones culturales y había creado una editorial progresista. Además —como luego supe— era “compañero de ruta” del PC. Cuando comenzó la represión se asustó —y con razón, porque había publicado a alguna gente comprometida— y se vino a Barcelona, donde quiso refundar la editorial. La editorial quedó como Gedisa cuando entró en la empresa otro socio, también argentino, un empresario de la industria del plástico que se había quedado viudo y que al cumplir los cincuenta años quería rehacer su vida y convertirse en escritor. Se vino a Barcelona con mucho dinero y voluntad de meterlo en algún proyecto cultural, conoció a Juan Granica y se integró a la editorial como socio. Pero Granica y él no se llevaron bien de modo que la sociedad duró poco más de un año y pico y se rompió. Granica vendió su parte a su socio y yo me quedé trabajando en la editorial hasta 1986.

Casi al mismo tiempo de empezar a trabajar en Granica me surgió otra ayuda. Yo había trabajado en Argentina en la librería Cúspide de Joaquín Gil Paricio, cuyos primos eran propietarios de la editorial Omega, una editorial muy seria y próspera dedicada a libros científicos. Eran unos señores muy afables y muy de derechas. Me conocían porque yo había acompañado a Joaquín en una visita de trabajo a Barcelona en 1975. Un día me llamaron muy discretamente y me dieron a entender que sabían por su primo por qué estaba yo en Barcelona y me ofrecieron ayuda. Lo hicieron mucho y yo siempre les estaré agradecido por ello. No sólo me encargaron traducciones en unas condiciones de pago excepcionales, sino que además el padre, don Gabriel, me sirvió de garante de un préstamo pese a que no tenía ninguna garantía de mi persona. Fueron muy generosos en esos primeros años de exilio, que fueron los peores para nosotros.

En esos años, finales de los setenta y primera mitad de los ochenta, trabajaba media jornada como editor en Gedisa, y luego por la tarde traducía. También nos ayudó a sobrevivir una

beca del Instituto de Cooperación Iberoamericana, que le fue concedida a mi mujer por intervención de Jesús Aguirre, duque de Alba, un hombre que se portó muy bien con los exiliados argentinos.

La crisis y el abandono

Igual que me sucedió con la militancia revolucionaria, también entré en crisis con la profesión de editor. Y, salvadas las diferencias, igual que no quise convertirme en un pistolero profesional tampoco quise ser un editor de profesión. Siempre he pensado que sirvo para otras cosas, aunque nunca he sabido muy bien para qué. Trabajé como editor de Gedisa hasta 1986, año en que pacté mi salida y conseguí un paro de dos años. Tras esos dos años de paro me contrató Muchnik con un buen salario, y también por media jornada. Pero esa experiencia ya era el final, ya me estaba retirando...

Antes había empezado a moverme en otra dirección. El Gobierno de Francia me concedió una beca para hacer un doctorado en París y estuve un año estudiando en la Sorbonne, aunque aquello acabó mal porque en 1982 la Argentina entró en guerra con Inglaterra y, entre las sanciones que le aplicaron las naciones europeas en solidaridad con Gran Bretaña, estaba la cancelación de las becas. De modo que al año de comenzar me quedé sin beca y tuve que volver a Barcelona. Al regresar de París fui a visitar a un profesor de la Autónoma de Barcelona para ver si había alguna posibilidad de incorporarme a la vida universitaria, pero me dijo que lo olvidase: "Mira, tú ya eres mayor, 34 años, y además en España estas cosas están muy pautadas. Hay un orden que debes cumplir, primero tienes que ser ayudante, conseguirte un buen padrino con tu tesis, acumular antecedentes y asegurarte la oposición, y tú ya no tienes tiempo para eso". La descripción fue descarnada. "Aquí estamos por los garbanzos, somos trece y nos conocemos, y tú no tienes ninguna posibilidad en esta Universidad".

132

Entonces pensé: ¿qué hago? Pues me pongo a escribir. Gracias a Ana Basualdo, que trabajaba en el suplemento cultural de *La Vanguardia*, empecé a publicar en ese periódico. La experiencia periodística me dio fuerzas para proyectos más ambiciosos. Tras el suicidio de mi madre, que me produjo un inmenso dolor, me encerré durante todo el año 1986 y escribí "La lección de Sheherazade", que me sirvió en parte como terapia. Siempre me había gustado el catálogo de Anagrama, así que mandé el libro al premio de Ensayo y quedé como finalista el año en que lo ganó Carmen Martín Gaité, en 1987. Para mí fue como si lo hubiese ganado yo, porque mi libro no podía competir con el prestigio de Carmina. Convertido en escritor, gané una identidad nueva, que no es del todo una identidad, pero sí algo mucho más acorde con lo que yo soy en el fondo.

Aquel libro y los que siguieron fueron el "Ábrete Sésamo" del *bunker* universitario. Entrar en la universidad no es que me fascinase como programa de vida, pero bueno, era una profesión más a tono con un filosofante como yo. Por supuesto, no todo vino con los libros, también me ayudaron algunas personas afines. Lo demás es trivial. No puedes ser filósofo si no das clases de filosofía, y para eso tienes que doctorarte. Me pidieron que lo hiciera y lo hice, y luego salió la plaza a concurso y la saqué, aunque fui miserablemente traicionado por los que todo

el mundo creía que eran mis amigos en el concurso. Se puede pensar que tuve suerte y que he sido un privilegiado, pero yo más bien pienso que, como en tantas otras ocasiones, hice lo que tenía que hacer. Mi vida no ha sido muy grata, pero tampoco ha sido muy desdichada. He tenido las ocasiones y las he aprovechado.

Trabajando de editor en Gedisa

En los años de Gedisa mi trabajo consistía en elegir los libros para publicar, preparar los contratos y supervisar la edición completamente. No estaba a cargo de la parte comercial, que llevaban el dueño y el gerente, pero sí tenía trato con los distribuidores y los librerías, e iba a las ferias más importantes. He estado muchísimas veces en Francfort. Sí, era un editor profesional, en el sentido convencional.

Buscar libros me causaba gran placer. El dueño de Gedisa decía que yo era como un cazador, un buen símil. El buen editor consigue la información de las fuentes más insospechadas. Una de las cosas admirables de Herralde, el editor de Anagrama, es que no desecha ninguna fuente de información, siempre está buscando. Una vez le mandé con el chico de recados un libro que me había enviado por error un agente literario y al volver el chico me contó: “¿Sabes qué? ¡Curioso este Herralde! Cuando le entregué el libro y le dije de qué iba, enseguida me preguntó que qué me parecía”. Y claro, yo entendí lo que había hecho Jorge, en cuanto vio que el chico de los recados era espabilado, le quiso sonsacar una opinión. Herralde no desaprovecha ninguna oportunidad para recabar información.

He hecho decenas de traducciones y he escrito innumerables textos de solapas y contracubiertas. En aquellos años descubrí que una buena parte de los críticos españoles copiaban los textos de las contraportadas y los transcribían en los suplementos literarios, así que yo preparaba esos textos con estilo de crítica periodística. Hay montones de críticas por ahí, por los diarios, sobre todo de provincias, pero también en *La Vanguardia*, que están escritas por mí en realidad. Ni falta hacía tener relación con gente de la prensa. Yo me aseguraba de que el libro fuera con una gacetilla y de que esa gacetilla incluyera algún punto crítico y despertara la tentación del crítico: “Ya está, tengo mi trabajo hecho”.

Cuando podía, me gustaba mucho intervenir en el proceso técnico: elegir papeles, o tipos de letra, por ejemplo, o incluso visitar el taller. Llevaba mi propia colección, que firmaba y que controlaba completamente, y que me dio cierto prestigio como editor de ensayo. Llegué a sacar treinta y tantos libros, pero también llevaba las otras colecciones, a veces con el asesoramiento técnico de algún profesional del ramo. Me movía con facilidad en los ámbitos más variados: hacía libros de divulgación científica, de juegos matemáticos, y libros para niños o para mujeres embarazadas. Descubrí y edité, por ejemplo, a Francesco Alberoni, un autor de enorme éxito, sobre todo con su libro *Enamoramiento y amor*, a los que siguieron uno sobre la amistad y otro sobre el erotismo. También edité el libro de Umberto Eco sobre cómo se hace una tesis, que todavía se sigue vendiendo muy bien. Introduje en el mundo de habla hispana a muchos autores que luego se harían muy conocidos, como el filósofo italiano Gianni Vattimo, Clifford Geertz, Marshall Sahlins; y publiqué a Wittgenstein, a Jünger o a Baudrillard.

La editorial Muchnik y Mario Muchnik

En la etapa de Muchnik, después de Gedisa, trabajé como “jefe de cocina” de la casa, ya que el editor era el propio Mario. De hecho, entré porque Mario había vendido la editorial a una empresa más grande, Difusora Internacional, y pasó a ocupar un cargo dentro de ella, por lo que me llamó para que me hiciera cargo de su antigua editorial, como su mano derecha, aunque por poco tiempo, porque al año o año y medio Mario entró en conflicto con la gente de Difusora y abandonó. Los de Difusora me echaron tras aducir cierto “agravio comparativo”. Al parecer mis condiciones contractuales causaban recelo en otros empleados. En cualquier caso, el dinero de la indemnización me sirvió para preparar el acceso a la titularidad en la universidad.

Mario Muchnik era y es un buen editor, un editor vocacional al que le gusta hacer libros, cuida mucho las ediciones y a los autores. Tenía sin embargo un defecto: creía que su gusto y su criterio de editor estaba refrendado por naturaleza, una pauta que supongo había sacado de Carlos Barral, por quien Mario sentía gran admiración, así como miraba fascinado los modos de hacer de la editorial alemana Surkhamp, de Gallimard o de Einaudi, los grandes editores de la generación de Barral. Creía que el gran editor puede imponer su gusto y convencer a los lectores de lo que hay que leer; es más, pensaba que esa era la función social de un editor. Pero esa es una decisión muy arriesgada, y de hecho, por llevar esta política Barral se arruinó en todas sus aventuras editoriales.

134

Yo creo que el buen editor es aquel que articula su gusto personal con el espíritu del tiempo y lo interpreta de alguna manera y lo conduce, o lo reconduce, de manera que es un poco como aquel que se tira en el mar y baja la ola. No es la ola más grande de la que te lleva más lejos, ni es tampoco la mejor tabla la que te permite deslizarte. Algo lo pone el mar, y algo lo pones tú. El editor bueno no es más que aquél que es el más astuto en bajar las olas.

Editar y especular

Con el tiempo la industria editorial ha acabado convirtiéndose en un negocio casi especulativo, una especie de timba. Tú coges un teléfono, alquilas una oficina, incluso puedes montarla en tu casa, pides un poquito de dinero, contratas unos derechos y entras en el circuito. Sólo necesitas montar una rueda que dé la vuelta. Y si no te pasas en los gastos, es decir, si no contratas personal alegremente, ni vas a hoteles de más de tres estrellas, ni viajas demasiado, ni gastas mucho en teléfono inútilmente, te mantienes en equilibrio hasta que consigues dar un pelotazo. Tienes que asegurarte: ya sabes que el distribuidor siempre vende la mitad de lo que tú le has dicho que has tirado. Si tú le dices: he tirado tres mil, él vende 1.500. Si tú tiras 4.000, él vende 2.000. Y cuando recibes su factura, tú la llevas al banco y la descuentas, y eso te da cierta seguridad para seguir contratando. Si mantienes la rueda paciente en movimiento, no te puedes hundir. Y si de pronto consigues vender muy bien un libro y pasas de la primera edición, empiezas a ganar dinero. Un libro salva así a otros veinte. Sólo tienes que aguantar hasta alcanzar los doscientos títulos en el catálogo. Cuando llegas a esa

cifra ya no te hunde nadie, hasta los propios bancos te sostienen, por la simple razón de que tu giro empieza a interesarles. El negocio es así.

Considero que el porcentaje de beneficio del editor es ilegítimo. No debería ganar más del cuatro por ciento, aunque todo el mundo sabe que su porcentaje está entre el doce y el veinte por ciento. Piensa en todos los avances técnicos que ha habido entre los años setenta y ahora y que han abaratado los costos: todos han ido a parar a los bolsillos de los editores. Cuando yo empecé en la edición los libros eran carísimos de producir. Ahora no hay galeras, ni compaginadas, ni primeras ni segundas, con suerte el autor corrige una sola prueba.

No hay más que ver cómo se calcula el precio y cómo se calculaba entonces. Recuerdo una anécdota sobre esto. Mario Muchnik era un hombre muy hábil con las matemáticas y le gustaban mucho los ordenadores. Había diseñado una hoja de cálculo que le permitía calcular con toda precisión qué precio era el justo para ganar dinero, cuánto tenía que vender. Era un sistema maravilloso, él iba poniendo los inputs, lo que había invertido..., y al final le salía el precio exacto. Cuando me lo enseñó, le pregunté: aquí hay un campo que pone PP; ¿qué es PP? Y él me dijo: "precio político". ¿Y qué es el precio político?, insistí. Su respuesta fue: el precio político es el precio que yo pienso que se le puede poner al libro. El ordenador me dice que ponga el libro a 1.500 pesetas, pero si yo pienso que se puede vender a 1.800 lo pongo así y se acabó.

Todos los editores hacen eso. Se dicen: lo podría vender a 20 euros, ¡pero a 30 también tira! Pues venga. Así son las cosas.

135

Los nuevos modos de la edición y lo efímero de los libros

Un día fui a cenar a casa de un amigo en Barcelona y como tengo la costumbre de no apuntar nada y hacerlo todo de memoria, me equivoqué de casa al llamar al portero automático y hablé brevemente con un vecino de mi amigo. Cuando estábamos cenando apareció el vecino con un librito de regalo, escrito por él y dedicado. El libro se llamaba ni más ni menos que *Psicoanálisis y arquitectura*. Lo había editado él mismo usando un Macintosh. Era diseñador gráfico y como pensó que un libro tan especializado no iba a conseguir editor, lo hizo todo él mismo. Era un análisis psicoanalítico de una película de Hitchcock protagonizada por Gary Cooper. ¿Y esto cómo lo vendes?, le pregunté. Hay diez librerías en Barcelona que atiendo personalmente, dijo; me aseguro de que siempre haya una pequeña pila de mi libro a la vista. Cada tanto paso, miro si la pila ha bajado, repongo los ejemplares y recojo la venta. Y no me puedo quejar: vendo trescientos cincuenta ejemplares al año.(!!!) Tú piensa que mi libro *Prosa y circunstancia* estuvo en librerías sólo un mes y Anagrama me liquida ventas de dos ejemplares al año. Y, por otra parte, si lo buscas, no lo encuentras en ningún lado. Tuvo muy buenas críticas, pero los libreros lo empezaron a devolver cuando todavía estaban saliendo las críticas.

Hay editoriales que gozan de un buen espacio en las librerías, pero como sacan demasiadas novedades y éstas circulan a toda velocidad, se produce un efecto absurdo: tú ves el sello pero rara vez consigues distinguir los libros concretos que, por consiguiente, duran muy poco en las mesas de novedades y acaban sepultados en los anaqueles o son devueltos a los 45 días.

Así pues, el *glamour* de Anagrama puede que sea una tentación para un autor porque se supone que prestigia a tu obra, pero también puede resultar una trampa mortal. Porque, dejémoslo claro: lo importante no es que se vea un catálogo o un editor, lo que se tiene que ver es el libro. Y un libro que no se ve, es un libro que no se compra ni se lee. Cuando piensas que te puedes echar cuatro años escribiendo un libro y luego dura lo que un artículo de revista... No me extraña que haya autores que traten de sacar, como sea, un libro al año. No tienen otra manera de estar en el candelero, y esta práctica, incentivada además por la deriva especulativa de la edición, en el fondo es muy perversa. Yo tengo diez o doce libros escritos, pero da igual, no estoy en ningún lado. Y si mi nombre o mis títulos no salen en la prensa nadie se entera de que alguna vez he escrito algo. Eso sin contar con que hay muchos editores que guillotinan los libros que no consiguen vender como fondo. Prefieren destruir que saldar; aunque por supuesto que destruyen y *además* saldan, pero sin rendir cuentas. No hay experiencia más desagradable que ver en las mesas de los mercadillos de segunda mano tus libros, que se supone han sido guillotinado. Últimamente también Anagrama guillotina, pero dos de mis libros en ese catálogo figuran en las listas de saldos de Amazon.com. No tengo nada en contra de los saldos, pero me gustaría que hubiera un mercado establecido, como hay en Estados Unidos, con un sistema de pago de derechos de autor y un control de los *stocks*.

En cuanto a las liquidaciones de derechos de autor, puedo decirte que los únicos que hacen liquidaciones fiables son los grandes grupos editoriales. Los demás, me temo que todos engañan sistemáticamente. Se suele decir que los grandes grupos son un desastre para la edición. Falso. Son los que pagan correctamente los impuestos, y los que cumplen las reglas, desde el copyright hasta la composición de la pasta de papel. Los pequeños editores sin duda son más libres y más emprendedores pero son mucho más inescrupulosos con los autores. No hay grandes editoriales piratas, en cambio cuando era editor de Gedisa más de una vez oía las llamadas de la imprenta: sonaba el teléfono y el impresor preguntaba: "Qué, ¿ponemos segunda edición o dejamos todo tal cual?". Si no se acreditaba la reimpresión, el autor nunca podía saber cuánto se había tirado. Y ahora debe de ser mucho peor, porque con las nuevas tecnologías puedes encargar trescientas o quinientas copias de un título en cualquier momento y sin dejar ningún rastro.

136

La picaresca editorial es inagotable. Barral acuñó la expresión "Libros en la red de ventas", que usaba en las liquidaciones de derechos. Con esa expresión designaba una especie de limbo, algo parecido a un cartel que ponían en las tiendas en Buenos Aires en los años de la hiperinflación para no dar el precio de un artículo: "Vidriera (o sea, escaparate) en preparación". Eso significaba que el artículo no tenía precio. Tú entrabas por la mañana y te costaba mil pesos, y por la tarde ya te costaba dos mil, de modo que el escaparate estaba *siempre* en preparación. Era muy angustiante. Pues Barral liquidaba así: "libros en la red de ventas" quería decir: esto lo he vendido pero no está vendido, por lo tanto, te lo facturo, pero no te lo pago, porque como puede ser devuelto, no es una venta efectiva. Es decir, el libro figura en una liquidación pero la deuda acreditada no puede ser reclamada porque el libro puede venir devuelto. En las liquidaciones de algunos de mis libros, ya pueden pasar tres lustros de la fecha de salida que siempre hay más libros devueltos que ventas efectivas y, por lo tanto, yo siempre debo el dinero de mi anticipo.

Edición, placer y resentimiento

Se suele pensar que los editores son resentidos y que en secreto anhelan convertirse en autores porque en el fondo son escritores frustrados. Alguna vez oí a un sociólogo pedante decir que la edición era una actividad “cuasi-intelectual”, y de hecho, en los últimos tiempos ha habido muchos casos de editores que, oh sorpresa, cambiaron inopinadamente de tercio. Yo admiro en cambio a los editores que son sólo eso, editores, y que son capaces de no sucumbir a las tentaciones narcisistas de la farándula intelectual.

La edición es una profesión digna e interesante, y enormemente valiosa si se la practica por ella misma. Lo que pasa es que, al menos en mi generación, era una vocación que encontrabas una vez que empezabas a ejercerla pero que muy pocos, casi nadie, la tenía de origen. Nadie pensaba: “Quiero ser editor”. Ahora está mucho más profesionalizada, se dictan *masters*, hay formación profesional, y los *masters* de edición están llenos de gente de filología o filosofía que buscan su hueco laboral. En mi juventud no había nada de eso, ni siquiera había un auténtico mercado del trabajo editorial. Sin embargo, a mí me gustaba mucho aquel trabajo e incluso alguna vez que me han propuesto volver a hacer colecciones, acojo la propuesta con interés. Si no se ha formalizado es porque, aunque parezca mentira, todavía hay gente que piensa que hacer libros es como una ciencia infusa, un don, que no hay por qué retribuir.

Más de una vez he tenido la tentación de crear mi propia editorial. Cuando se liquidó Muchnik Editores Juan Seix me ofreció traspasármela, pero mi segunda mujer, Mercedes Casanovas, que es agente literaria, me disuadió y advirtió que aquello no era lo mío. Y es verdad. A mí me gusta hacer libros, pero no experimento ningún placer en hacer lucro con ellos. Me pasa como a Carlos Barral, que decía que lo que le daba placer era todo el proceso previo a la salida de un libro, y que lo demás le tenía sin cuidado. Pues mira, a mí me pasa lo mismo, y no sólo como editor, también como autor. Yo escribo, que es algo que me da mucho trabajo y me requiere dedicación, y lo demás, si viene, que sea por añadidura...”.